

# EL MOVIMIENTO LITERARIO

## Crónica Bibliográfica Semanal

**CAPACHITO.** (Cuentos)  
Por Carlos Acuña.—Santiago. — Imp. La Ilustración. 1921.

Corre en el pueblo una creencia según la cual el año entero se amolda en tal forma al día de Año Nuevo que, conforme sea éste día feliz o desgraciado, así irá repartiéndose la desgracia o la felicidad en los que vengan después. Ahora bien, si hay en aquella creencia algún átomo de verdad, debo estimar que el año de 1922 será feliz para estas crónicas, puesto que la nueva serie de ellas se inaugura con "Capachito".

¿Quién es "Capachito"? No puede esta pregunta contestarse sin un "distingo".

"Capachito" es una muchacha campesina y es también una obra literaria; pero debo confesar que la obra es mejor que la muchacha. Y si el lector exige que le diga las razones en que fundo este juicio, le rogaré me dispense de entrometer las que a "la Capachito" se refieren. Bástele saber que, allá, en las viñas de Cauquenes, aquella joven y alegre vendimiadora dió algo de qué hablar. Llevaba su virtud no, según la frase clásica, en un vaso frágil, como la generalidad de las gentes, sino en un "capachito" que fácilmente se volcaba... Lo demás lo sabrán aquellos que lean el libro del señor Acuña.

Este libro es un capachito, (quiero decir, una colección) de cuentos cuya lectura ha dejado en mí mente una viva impresión de sana alegría.

El señor Acuña no es de esos cuentistas que todo lo ven envuelto en una atmósfera de pesimismo. No lo conozco personalmente, pero mirándolo a través de sus cuentos, infiero que, cuando recorre los campos del sur o la costa de Constitución, da por demostrado que la vida es buena y digna de ser vivida. Su optimismo ha de acompañarle hasta en Santiago, excepto que, nazca precisamente de un contraste entre la vida en la capital y la vida campesina. Un autor francés advertía, hace poco, que todos los poetas idílicos y bucólicos viven y escriben en ciudades y que su amor por el campo es sencillamente el reverso de su odio por la ciudad. No es inverosímil esta explicación, pero sea o no fundada en lo que a "Capachito" se refiere, confieso que el optimismo de su autor parece espontáneo y sincero. Es, además, contagioso. Despierta en el lector un deseo de huir de este purgatorio para ir a contemplar en Constitución, la lucha de los barcos con las olas de la barra, las "varazones" de peces y otros espectáculos "refrescantes", que el señor Acuña describe con primor en su libro. ¿Quién pudiera ir, por una semana, a ese faro perdido allá en un islote y vivir ahí ocho días de soledad, leyendo un libro que yo me sé y escuchando la eterna queja de las olas!

De cierto pintor condenado por su pobreza, a pasar el terrible verano de París en una recalentada buhardilla, cuéntase que buscaba y hallaba algún refresco en la contemplación de un cuadro en que estaba pintado el famoso "Passage de la Berezina..." Imitáremos al pintor: veranearemos en... los cuadros del señor Acuña.

Ya he aludido al escenario, pero debo agregar que, en esos campos y en esa costa, nos espera una humanidad amable y divertida.

Al llamarla divertida, no pretendo absolverla de todo pecado. En esos campos del sur hay pueblos

chicos que son infernos grandes. Ahí la humanidad es aún más antipática que en las ciudades. El señor Acuña la ve tal cual es y la pinta sin enojo pero, sí, con la ironía que ella provoca y merece.

En un punto estoy en desacuerdo con él y es en el tema del cuento en que nos pinta los amores de un grave juriconsulto provincial.

De éste nos dice el señor Acuña que, temeroso de la crítica ciudadana, ha preferido sepultar su talento en un pueblo de provincias donde puede vivir libre y tranquilo. ¿Quién se lo creará? ¿No sabemos por ventura que cuanto más grande y poblada es una ciudad, tanto mayor es la libertad y paz de sus habitantes? ¿Dónde está uno más solitario que entre la muchedumbre?

Esos amores del juriconsulto (amores legítimos, pero secretos), que duran largo tiempo sin que ninguna mujer del pueblo se percate de ellos y que estallan como bomba, cuando se verifica el casamiento de los enamorados, son, a mi juicio, tan inverosímiles como románticos. Esto, empero, no quita que el juriconsulto, a pesar de su excesivo idealismo, sea un personaje simpático y que su imagen se grave en la memoria del lector.

No todo es campesino en Capachitos. Hay también algo de Santiago. Cierta pugilato "in loco non santo" demuestra que el talento del señor Acuña es capaz de amoldarse a los más diversos temas y que su delicadeza no excluye el vigor.

**DICCIONARIO  
MANUAL ISLEÑO.** Provincialismos de Chiloé (Chile). Por Francisco J. Cavada. Santiago. Imp. Yolanda. 1921.

En el archipiélago de Chiloé usábase provincialismos que los chilenos del continente serían, sin duda, incapaces de entender si el señor Francisco J. Cavada no acudiese a socorrerlos. Del vistazo que he dado al **Diccionario Manual Isleño** en que este distinguido investigador los ha juntado, y explicado, creo poder inferir que se dividen en dos clases principales: hispanismos y araucanismos. Los primeros serían provincialismos españoles importados por los peninsulares y los segundos serían residuos de la lengua hablada por los indígenas pobladores de las islas. Parece que los provincialismos de origen araucano abundan ahí mucho más que los hispanismos. De estos los hay gallegos como *marriola*, por "infernáculo"; salmantinos, como *carauter* por "fisonomía"; leoneses como *Juasús* por "Jesús"; aragoneses como *maño* por "hermano".

Entre los que me parecen indígenas citaré a *llingue* y *llingear*. El primero sería sinónimo de *fulingue*, cigarro hecho de tabaco ordinario. Usase también, — dice el autor, — como adjetivo, modificando a cigarro.

*Llingear*, significa fumar cigarrillos *llingues*. (p. 72).

El *fullingue* de Chiloé es hermano del *fuñingue* que he oído (y quizás fumado) en Santiago muchas veces. Pero ¿de dónde viene el *fu* que precede a *llingue*? — El señor Cavada no lo dice.